

El rescate de esta información sobre el primer siglo de Zacatecas agrega muchos detalles sobre los participantes políticos que ya conocíamos gracias a los historiadores mencionados. Es una contribución sobresaliente a la historia regional, a la política, al establecimiento de familias y dinastías que regirían los destinos de la zona por muchos años. Es un estudio indispensable para entender los procesos de colonización del norte de México, de las relaciones entre mercaderes, militares, mineros, recién llegados de España y oportunistas de todo tipo.

Anne Staples  
*El Colegio de México*

SERGIO EDUARDO CARRERA QUEZADA, *La provincia indomable. Historia y paisaje en la sierra de Metztitlán, siglos XVI-XVIII*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2024, 357 pp. ISBN 978-607-564-534-6

Comprender los procesos implicados en la construcción de los espacios sociohistóricos mexicanos es una preocupación de larga data y se han aplicado distintos enfoques disciplinares para ello. En el campo del estudio del pasado, las denominadas historia regional y la geografía histórica –así como la geohistoria, con un matiz en su designación para ponderar el método geográfico– han dado cuerpo a múltiples publicaciones que han seleccionado aspectos económicos, productivos, políticos y sociales, bien en el ejercicio de acotación de los espacios de estudio o bien en la exploración profunda de la vida pretérita de regiones cristalizadas en el imaginario nacional (las Huastecas, el Sotavento, la Mixteca, etc.). El ejercicio epistemológico “de ida y de regreso”, es decir, por un lado, comprender y poner a prueba la articulación histórica de una región dada y, por otro, acotar un espacio regional a partir del análisis de sus componentes históricos funcionales, tuvo un gran maestro en Bernardo García Martínez, a cuya memoria se dedica este libro que refleja bien muchas de sus enseñanzas. Si bien *La provincia indomable. Historia y paisaje en la sierra de Metztitlán, siglos XVI-XVIII* no posee la preocupación de tener que

justificar el porqué de la delimitación del espacio de estudio y tampoco busca manifiestamente explicar la articulación histórica de una región, ofrece una propuesta renovada acerca del alcance territorial del señorío prehispánico de Metztitlán y la posterior provincia colonial, asunto del que ya se ocuparon algunas otras investigaciones desde la arqueología, la etnohistoria o la geografía con enfoque histórico.

Hay un elemento que conecta el quehacer de Bernardo García con este estudio de Sergio Eduardo Carrera Quezada y que le ha otorgado una impronta de originalidad y novedad respecto a los trabajos previos que pusieron atención a la sierra de Metztitlán –de los cuales el autor da muestras de conocer bien y con los que dialoga a lo largo del libro–: el espacio, entendido como el punto de partida necesario que articula el conjunto funcional de componentes que integran los procesos históricos.<sup>1</sup> Así, el autor nos ofrece una mirada al espacio que ocuparon durante la época virreinal nahuas, otomíes, pames, huastecos, tepehuas y ocuiltecas, referidos en las fuentes coloniales bajo el gentilicio aglutinador de metztitlanecas o “metzcas”, apelando a los enfoques teóricos y metodológicos tanto de la historia ambiental –disciplina con empuje en el ámbito latinoamericano particularmente desde la década de 1990– como de la historia agraria. Para ello, a partir de un notable recuento intelectual reflexivo que encontramos en las primeras páginas de la obra, escoge como conceptos rectores paisaje, entendido como elemento unificador de las relaciones sociedad-naturaleza que expresa las interrelaciones de procesos tanto biofísicos como culturales, y ecosistema, el cual permite dar cuenta de la unidad funcional que conforman tanto plantas, animales, microorganismos y seres humanos como los ambientes inorgánicos donde se desarrollan sus interacciones. Estos conceptos le permiten desentrañar en seis capítulos –epígrafes II al VII– las diversas formas de dominio que desarrollaron los variados grupos de indígenas, españoles y mestizos que habitaron la provincia y, a través de la mirada etnohistórica que pondera interpretaciones que se apeguen a concepciones culturales propias de los pueblos indios, a la que Sergio Eduardo Carrera nos tiene acostumbrados, ofrece

---

<sup>1</sup> Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ, *El desarrollo regional y la organización del espacio, siglos XVI al XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Oceano, 2004, p. 12.

respuestas a cómo el paisaje y los recursos de la sierra de Metztitlán influyeron en la organización político-territorial de los *altepeme* prehispánicos y los pueblos de indios coloniales. Desafía, así, interpretaciones convencionales y cuasi teleológicas que asocian la transferencia inmediata del dominio de las tierras más productivas a manos europeas, soslayando la capacidad de maniobra indígena para retener sus tierras, con el acelere de la degradación ambiental y la pérdida de biodiversidad.

Para satisfacer los objetivos de la investigación fue preciso solventar algunos retos en cuanto a fuentes se refiere. Acometer un análisis etnohistórico en un espacio donde las informaciones de naturaleza indígena escasean, pues es notable la ausencia de códices, pictografías y documentos alfabéticos que den cuenta de forma clara de las versiones indias de los procesos históricos, implicó hilar muy fino a partir de la producción documental que ofrece la administración virreinal. Por otro lado, en un satisfactorio ejercicio de “extraer e introducir ecología” de y en las fuentes, como ejemplificó Alfred Siemens hace un par de décadas,<sup>2</sup> se revisitaron corpus de uso recurrente –como las relaciones geográficas– y se analizaron documentos relacionados con las políticas de la Corona encaminadas al control de la población y la distribución de tierras productivas –mercedes y títulos de tierras, diligencias para las congregaciones y las composiciones de tierras, pleitos, etc.–, la materia prima de la historia agraria. En este contexto, la información tanto territorial como ambiental de los mapas que acompañan este tipo de autos también fue incorporada en el análisis y se reprodujeron las imágenes de nueve de ellos, con la correspondiente transcripción de sus glosas.

Todo lo señalado contribuye a que la mirada ambiental no pierda potencia en los capítulos, para lo cual también fue preciso acometer acercamientos interdisciplinarios sobre ciertos aspectos. De los más notables son la caracterización geográfica y ecosistémica del corredor biocultural que constituye la sierra de Metztitlán, asunto abordado en

---

<sup>2</sup> Alfred SIEMENS, “Extrayendo ecología de algunos documentos novohispanos de la época temprana”, en Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ y Alba GONZÁLEZ JÁCOME (comps.), *Estudios sobre historia y ambiente en América*, I: Argentina, Bolivia, México y Paraguay, México, El Colegio de México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1999, pp. 229-264.

el capítulo I, así como la posterior explicación clara y asequible de la complejidad del manejo de los recursos en las distintas zonas ecológicamente diferenciadas que componen la provincia. No en vano, el autor es el coordinador académico del Seminario de Historia Ambiental de El Colegio de México, el cual retomó la propuesta de un grupo de trabajo impulsado por Bernardo García Martínez en la década de 1990, y también formó parte del Comité científico asesor del XI Simposio de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental (SOLCHA) celebrado en 2023 en Morelia.

El libro plasma una investigación que apela a la larga duración, lo cual posee no pocas bondades: los cambios y también las continuidades se hacen patentes y, de esta manera, se contribuye a combatir el paradigma de la “inmovilidad” que con frecuencia aparece asociado al territorio. La mayor parte del capitulado se centra en lo acontecido entre los siglos XVI y XVIII, para lo cual se analizan la conquista civil y espiritual, la creación de las primeras jurisdicciones hispanas, la formación del nuevo paisaje y estructura agraria de la mano de la implantación de especies vegetales y animales europeas, el ordenamiento territorial a partir del programa congregacional y la consolidación de los pueblos de indios, la fundación y afianzamiento de unidades productivas en manos de particulares, los procesos de regularización de tierras y la dinámica territorial de los pueblos en el siglo XVIII, especialmente por medio de las diligencias realizadas para las composiciones de tierras. Sin embargo, los antecedentes prehispánicos no quedan fuera del foco, pues se destina el capítulo II a analizar la naturaleza, composición y devenir del señorío confederado de Metztitlán —cuya cabecera, a su vez, resultó ser un *altépetl* complejo— que se mantuvo independiente al dominio de la Triple Alianza. Esta sección trasciende el carácter meramente contextual que algunos estudios de historia virreinal otorgan a lo acontecido en el siglo XV y ofrece interpretaciones necesarias que engarzan con aspectos presentes en el resto del capitulado.

Uno de ellos, que podemos considerar clave para comprender la dinámica histórica ambiental de la provincia, es el entreveramiento de territorios. El patrón de asentamiento disperso y el entreveramiento se relacionaron con las particularidades del paisaje serrano, en el que se distinguen cuatro zonas climáticas, y, a su vez, con el acceso a

recursos de distintos ecosistemas, con necesidades defensivas y con el control del corredor que comunicaba el Altiplano Central y los territorios del norte del Golfo de México. Esta estructura tuvo cierta continuidad en la época colonial y no se vio trastocada sino hasta el siglo XVIII, al momento de la implementación de la política de composiciones, aunque, advierte el autor, no hemos de obviar que tanto la imposición de las doctrinas religiosas como la instauración de las repúblicas de indios modularon también una nueva territorialidad indígena. Esta obra nos muestra que la comprensión de esta característica de la territorialidad mesoamericana enunciada hace décadas por Pedro Carrasco no es un tema agotado y estudios de caso de largo recorrido temporal todavía tienen mucho que aportar al respecto.

Otra contribución significativa consiste en demostrar cómo la importación de nuevas especies y sistemas de cultivo no sólo no supuso una gran pérdida de biodiversidad ni el desplazamiento total de los cultivos nativos, sino que tampoco propició un proceso acelerado de enajenación de tierras y los indígenas pudieron conservar buena parte de ellas, pese a que en el siglo XVIII se reorganizaran espacialmente los territorios de los pueblos de indios y las propiedades particulares. Estas circunstancias se relacionan poderosamente con las características biofísicas de la provincia y también con las percepciones del paisaje que manifestaron los pobladores europeos. Así, el autor nos muestra con profundidad cómo el resultado muy parcial que tuvo el programa de congregaciones entre los siglos XVI y XVII se relacionó con ciertas condiciones impuestas por el paisaje, particularmente en la Sierra Alta. No obstante, este interesante panorama se podría haber enriquecido con un acercamiento más analítico a los datos demográficos, pues el volumen poblacional guarda estrecha relación con el aprovechamiento de los recursos.

Si bien no todas las zonas ecológicas sobre las que se extendía la provincia gozan del mismo protagonismo, pues sabemos que las posibilidades de indagación histórica dependen de la disponibilidad de fuentes, el libro constituye un gran aporte global sobre el Metztlán colonial y también sobre los procesos en que se fundamenta la historia agraria del periodo, lo cual nos permite establecer puentes y hacernos preguntas acerca de espacios sociohistóricos donde se dieron situaciones parecidas. Por ejemplo, en la Mixteca, así como en Metztlán,

el programa congregacional enfrentó muchas dificultades y no fue concluyente en la reorganización del territorio, pero la seda –industria ecológicamente viable pero muy efímera en Metztlán porque estuvo vinculada al trabajo forzoso y violentado de los indígenas– sí reportó sustanciosas ganancias a ciertos pueblos mixtecos porque estuvo sostenida en una suerte de “cultivo comunitario” organizado por el cabildo, entre otros factores.

Los tres últimos capítulos podrían recordar en temática y estructura a la obra previa del autor, *Sementeras de papel: la regularización de la propiedad rural en la Huasteca serrana, 1550-1720*, pero, sin duda, el tratamiento que hace de la tenencia de la tierra a la luz del paisaje y las relaciones productivas supone un giro novedoso en este libro de título audaz –indomable porque el señorío nunca estuvo bajo dominio mexica y porque lo agreste así presentaba el paisaje ante los españoles–. Los valiosos datos sobre mercedes, remates, arrendamientos y composiciones que sistematiza en cuadros en los Anexos y la reproducción fotográfica de la “Relación de la provincia de Meztlán” (1579) suponen un excelente aporte en esta obra que culmina un cuidado trabajo de investigación iniciado en 2016.

Que un libro nos deje con interrogantes e inquietudes no es negativo, sino natural. *La provincia indomable*, por mencionar sólo un aspecto, nos hace preguntarnos acerca de qué peso pudieron tener los señores naturales o caciques en la estructura agraria de la provincia. Parece que el autor tiene algunas pistas al respecto, y confiamos en poder leer sobre ello próximamente.

Marta Martín Gabaldón

*Universidad Nacional Autónoma de México-Unidad Oaxaca*